



**César Villanueva Rivas, *Representing Cultural Diplomacy. Soft Power, Cosmopolitan Constructivism and Nation Branding in Mexico and Sweden*, Växjö, Växjö University Press, 2007, 200 pp.**

En el contexto del mundo globalizado, cargado de símbolos y representaciones, la cultura deviene un espacio privilegiado de narración histórico-política de nosotros mismos como país. Constituye la delicada tesitura desde la cual nos presentamos ante otros pueblos y desde la que se construye, de manera permanente y cada vez más acelerada, la relación identidad-alteridad, yo-otro. Si no comprendemos el papel de la identidad y la cultura en la política exterior, estamos presentándonos ante el mundo como el viejo emperador del famoso cuento escrito por Hans Christian Andersen, prácticamente desnudos y en medio del desconcierto y estupor general.

El libro *Representing Cultural Diplomacy. Soft Power, Cosmopolitan Constructivism, and Nation Branding in Mexico and Sweden*, escrito por el doctor César Villanueva, constituye un útil trabajo sobre la compleja confección de los significados culturales, en torno a la cual se formula cada vez más la política exterior de las naciones. A partir de un abordaje teórico constructivista, la obra resalta la importancia de la representación cultural como expresión de la identidad colectiva de un pueblo y alerta sobre las implicaciones prácticas que para la política exterior derivan de estas representaciones discursivas de la identidad nacional. El texto contribuye tanto al debate teórico

de las relaciones internacionales como a la realidad inmediata del quehacer diplomático, sin ser por ello un trabajo de interés exclusivo para académicos y/o funcionarios de la Cancillería, pues también permite comprender el papel que está jugando la cultura en términos, por ejemplo, de la definición de instituciones (reglas, normas, rutinas, etcétera) o en torno a la cooperación internacional.

El trabajo, que se aborda desde un complejo marco teórico, revela el convencimiento del autor sobre la capacidad explicativa del constructivismo y su propuesta se orienta a introducir la lógica cultural y la estrategia discursiva en el difícil terreno de la política exterior tradicional dominada por el paradigma estatal. En términos generales, el andamiaje teórico permite alcanzar el objetivo general de conceptualizar la diplomacia cultural como un espacio propio y diferenciado de la diplomacia pública.

El trabajo del doctor Villanueva contribuye sin duda a esclarecer qué significa la representación cultural; cómo se construye dicha representación desde los modelos teóricos de poder suave (*soft power*), marca país (*nation branding*) y constructivismo cosmopolita (*cosmopolitan constructivism*), y cómo ello se traduce en una dinámica de construcción de identidad-alteridad permanente y en diálogo constante entre el yo y el otro.

El autor sostiene que la representación cultural tiene que ver con un proceso complejo, colectivo y cambiante de construcción de significados, que se traduce en una estrategia discursiva de carácter simbólico e ideacional. En consecuencia, los intereses nacionales, la seguridad del Estado y las relaciones amigo-enemigo, rival-enemigo pasan necesariamente por una matriz identitaria y cultural que condiciona las percepciones de la política exterior de un país. La forma en que se internalizan y manejan valores tales como el respeto, la tolerancia y la disciplina determina de qué manera somos vistos por otros, así como “las cartas” que queremos jugar en el complejo tablero global.

En este contexto, la noción de “obligatoriedad”, entendida como una rendición de cuentas y extraída del análisis de las teorías de representación de Hanna Pitkin, adquiere particular relevancia en términos prácticos, pues, como advierte el autor, la representación no se realiza en el vacío, sino en el seno de un espacio público donde están presentes los representantes y los representados, y donde los primeros tienen obligaciones para con los segundos. Por lo tanto, la diplomacia cultural queda sujeta a las responsabilidades y a la rendición de cuentas, que no son obvias, pero que tienen implicaciones en la práctica y el discurso a través de la representación.

Así, los modelos representacionales de poder suave, marca nación y constructivismo cosmopolita demuestran no sólo que la cultura cumple una función utilitaria, que incluso puede llegar a ser manipulada o estereotipada, sino que las representaciones culturales se construyen y reconstruyen de manera permanente. Ello explica su enorme dificultad conceptual y operativa. Este punto se refuerza mediante el estudio de las representaciones culturales en México y Suecia, en donde se pone al descubierto que las representaciones escapan a modelos únicos, y se adaptan a las circunstancias históricas y a las realidades del poder.

El caso de México deja entrever la obstinada fatalidad con la que nos hemos empeñado en representarlo como un país de pueblos y tradiciones ancestrales, anclado en el pasado o francamente exótico y en clara contradicción con el presente.

El caso de Suecia ofrece también un ejemplo de autolimitación, de falta de imaginación política y escasa “obligatoriedad” en la representación cultural de su diplomacia moderna.

A mi juicio, el aspecto que mejor se logra en este libro es la incorporación de la dinámica identidad-alteridad en el proceso de representación cultural. Es en el seno de esta compleja relación que la diplomacia cultural se distingue de la diplomacia

pública; la primera entendida como coadyuvante de la cooperación y el entendimiento entre los pueblos, mientras que la segunda queda constreñida al manejo de la información que se ofrece al público externo. La forma en la que una cultura se define y se construye en presencia de otros pueblos y produce relaciones pacíficas de cooperación y bienestar económico constituye todo un reto para la diplomacia cultural de cualquier país y para todos los agregados culturales del mundo, quienes suelen constreñir sus labores a la promoción y protección de la cultura y los intereses nacionales.

El estudio del discurso como representación de valores, acciones, objetivos y prácticas requiere de un análisis que promete dirigir el trabajo de investigaciones futuras. En el libro se habla ya de una tipología de temas que pueden orientar el discurso de la representación cultural y que amplían las concepciones y prácticas tradicionales del trabajo diplomático (promoción-protección). Se refiere a la instrumentalización, la seguridad, la direccionalidad y la distinción del espacio público-privado. El desarrollo a futuro de estos temas habrá de constituirse en un *adendum* a la contribución general de esta obra.

Las lecciones que se desprenden de este extraordinario esfuerzo encaminado a conceptualizar la diplomacia cultural como un espacio propio de actuación política son muy diversas. Una inmediata y relevante es la que nos lleva a reconocer el nicho de actividad potencial que descansa en la oficina del agregado cultural y el impacto multidimensional que la cultura tiene en el escenario político global. Otra lección, igual de importante, es la de advertir sobre el carácter altamente dinámico y cambiante de las representaciones culturales, lo que exige un esfuerzo titánico para hacer operativa y práctica la diplomacia cultural del país y alcanzar representaciones culturales coherentes y bien logradas.

---

El texto es una invitación a reflexionar seriamente sobre los aportes y límites del constructivismo como modelo de interpretación teórica de la realidad, y sobre la cultura como un mecanismo heurístico y de entendimiento simbólico del mundo moderno.

*Laura Zamudio González*